

Después de la muerte de Gericault acaecida en 1824, uno de sus más íntimos amigos compró el cuadro del *Naufragio de la Medusa* por la módica cantidad de seis mil francos, pero apenas circuló la noticia de esta compra cuando algunos americanos ofrecieron doce y hasta diez y ocho mil francos por el lienzo. Su dueño prefirió cederlo al Museo del Louvre por la suma que había desembolsado: noble desinterés que honra sobremedera la memoria del que lo tuvo, M. Dedreux Dorey.

Ya hemos dicho que en 1812 espuso Gericault el retrato ecuestre de M. Dieudonné vestido con su traje de teniente de guías del emperador. Este cuadro mucho más conocido bajo el nombre de: *Casador de la guardia imperial*, es una de esas obras que pueden considerarse como verdaderos puntos de partida en la historia del arte, porque indican perfectamente las épocas de transición, y señalan los días en que un arte descrito ya tiende a desaparecer para dejar el puesto á otro más nuevo. De este modo hubiera sido sumamente sensible que este cuadro se hubiese estraviado, y decimos esto pensando en el acaso providencial que le salvó.

El *Casador de la guardia imperial* pertenecía al rey Luis Felipe y antes de la revolución de febrero formaba parte de la galería del Palacio Real, mas habiéndole prestado este príncipe en enero de 1848 á la asociación de los artistas para que lo pusieran en su exposición del boulevard Bonne-Nouvelle, resultó que el 24 de febrero, se hallaba felizmente lejos de aquella hermosa galería que la llama revolucionaria devoró en muy pocas horas. No es este el caso de decir: *Habent sua fata tabellæ*.

J. J. ARNOEX.

LAS NOCHES DEL LAGO.

FRAGMENTO.

Cesa de rugir, implacable venganza, esclamé al bajar por los frondosos collados de San Gengulph, en las orillas del lago de Ginebra. ¡Esta mano que armó la catumina, esta mano culpable, la lavaré en la sangre del traidor, ó entregaré á sus golpes una víctima mas!... ¡Mañana, esas felices y risueñas campiñas, no sostendrán ya dos asesinos!...

Pasé tres horas de plé mirando al lago, mientras que los marineros aparejaban mi esquife: despues como habíamos convenido en nuestras cartas, coloqué en él unas pistolas, mi puñal, mi espada y un garfio de abordage. Comencé á agitar el agua con el remo, y poco á poco fui apartándome de la orilla.

Eran las nueve de la noche: densas é inmóviles nubes cubrían el cielo, y el último rayo de sol que todavía se refractaba en ellas, las daba un color broncado. Iba estinguéndose la luz, y mi vista fija en el terreno suavemente inclinado que desciende desde la meseta de Vevay, buscaba con impaciencia á mi enemigo entre los moribundos resplandores del crepusculo. Ya no quedaba en el horizonte mas que un rayo fugitivo, que fué á concluir sobre el pabellon encarnado de un barco distante y comprendí que mi señal habia sido reconocida.

En vano multipliqué los movimientos del remo en dirección del lugar de la cita. Las aguas estaban silenciosas y fijas como el cielo. El aire reposaba sobre el lago sin balanceo, sin murmullo, grueso, silencioso, ardiente como el vapor que duerme en el fondo del cráter de los volcanes. Las aves nocturnas callaban poseídas de terror, en los troncos de los

árboles podridos, y recogían con avidez encima de sus secas alas la fangosa humedad de las hojas muertas.

Hacia la media noche se levantó un viento fresco, y corrió silbando por la superficie del lago: rechazado luego por las montañas en cuya base habia chocado, se replegó como las olas que trae y lleva la marea. Irritado con la resistencia, volvió á bajar mas impetuoso, y buscando por todas partes la salida que le impedían los Alpes, se desplegó rugiendo sobre las embravecidas aguas. Bien pronto mi barquilla arrebatada por las olas, no siguió mas dirección que la de la borrasca. En vano procuré guíarme aplicando el oído al ruido de la tempestad, que repetían los ecos, y que modulaba en todos los tonos, una especie de quejido lígubre y prolongado como los lamentos de una mujer desolada. Tan pronto mugía en las cavernas, como resonaba en las sonorosas concavidades de los peñascos, ó espiraba lentamente en la arenosa playa. Y en los intervalos de las tumultuosas ráfagas, reinaba un espantoso silencio, en medio del cual creía distinguir siempre un nombre que una boca invisible habia llegar á mi oído.

Apénas el graznido de la zumaya, que llegaba á su nido llorando y azorada, se mezclaba de cuando en cuando con el mugido de las olas y de los vientos. La lluvia descendía á torrentes de un cielo ennegrecido. El lago, la atmósfera y el aire confundidos en un torbellino horrible, luchaban entre sí como los confusos elementos del caos. La espuma de las olas llegaba hasta mí, como un ser animado de un instinto feroz, me llenaba completamente de humedad, y me derribaba abrumado con su peso. Abandonado en aquel peligro, me arrastraba por las tablas mal unidas de la barca, y pedía al cielo la venganza y la muerte.

Sin embargo, el ruido de la lluvia iba cediendo, y no percibía mi oído mas que un rumor largo y sostenido. Mi barquilla cinglaba con tanta rapidez como si se deslizase por una pendiente de pulimentado mármol, ya porque un viento favorable agitase mis ligeros aparejos, ó mas bien porque el desorientado esquife siguiese una corriente rápida, porque yo no oía ni aun el crugido de mi mojado pabellon, que movían las frías brisas de la noche.

Arrodillado sobre el puente, y dirigiendo mi vista por el lago, procuraba divisar un pabellon y esperaba oír algun ruido: aguardaba el monótono golpeo de un remo ó el silbido de las olas hendidas por una proa. Me parecía que á fuerza de mirar las tinieblas, llegaría á descubrir en ellas formas y colores, y en efecto, su oscuro velo comenzaba á hacerse mas diáfano. Una transparencia sombría y confusa como la del vapor impenetrable que circula por delante de los ojos de un ciego de nacimiento, me prometía sin presentármela, la apariencia de los objetos. Mas la curiosidad del ciego no está secundada como el oído por las ilusiones de la memoria, y su imaginación no puede adhirirse á lo vago de aquel crepusculo mas difícil de definir que la nada, el aspecto vivo de un enemigo.

Sin embargo, salía el sol, ó mas bien giraba su apagado disco en una nueva noche: no se veía cielo, horizonte ni luz: las tinieblas, que apenas se habían aclarado, no adquirían la movilidad de las nubes penetradas por la luz del día, porque no flotaban sobre nada que no fuese oscuro y tenebroso como ellas: poco á poco los puntos mas cercanos á mi vista fueron desprendiéndose de aquel caos de la mañana. Una especie de varitas delgadas y negras se levantaban en derredor mio, y se balanceaban como banderolas: eran los apretados juncos de un estrecho ancon á donde las corrientes me habian conducido durante la incertidumbre de mi na-

vegacion nocturna. La ribera se presentaba tan vaga y tan pálida que cualquiera se hubiera creído separado de ella por la estension de un largo estrecho: procurando alejarme apoyé en ella un remo, y la vi desaparecer de repente: bien pronto senti disminuirse el obstáculo que se oponía al curso de mi barquilla: las olas que se estrellaban en él fueron dividiéndose, y parecía que tomaban otra dirección. Satisfecho, me interné en el lago con mas placer que el piloto que en lo mas inminente del peligro, encuentra por fin el anhelado puerto. Sin embargo, nada me conducía hácia las invisibles costas del Oeste... La oscuridad habia cambiado de color, pero reinaba siempre con igualdad en el cielo y en las aguas. La misma atmósfera no se distinguía de las olas mas que por su elevación, y nada indicaba el sitio del sol.

El que recorre mares sin limites y cuya fragata salta como un delphin despertado por la aurora en lo alto de una ola que aun no ha tocado la tierra, y que el curso eterno del flujo del Océano jamas aproxima á sus orillas, ese conserva todavia algun recuerdo de su patria por cuanto puede oír al sufrido marinero silbar las maniobras, ó al aturdido grumete gritar desde las gavias. Ciudadano de una ciudad desierta, marca en el horizonte el suspirado polo del regreso: aguarda ver una vela, el movimiento del bonito, el salto del pez volador y la señal del vigia: espera, escucha y reza.

Pero solo en una navicella, aparejada para la muerte y la nada, para buscar en aquellas aguas frías el punto mas alejado de las orillas, para cometer un nuevo crimen y sepultar alli los remordimientos y los asesinatos, andar errante con este pensamiento execrable y legítimo, con esta dulce y horrorosa esperanza, en medio del cielo y de las aguas, en medio de nubes tan densas y opacas, que solo el remo puede distinguir las nieblas de la superficie del lago, cuando nada es capaz de percibir la bruma y separarla del cielo que parece haber caído sobre ella; gozar con horror en esta soledad de la idea de que ya no será turbada mas que por el grito de la rabia y los sollozos de la agonía; imaginarse que la vista del hombre, tan grata al hombre errante por los abismos, no despertara en el fondo de su corazón desesperado mas que las furias del infierno!... ¡Ay!... ese es un viage horrible, cruel, desapiadado!...

El ayuno, el insomnio, el cansancio, la acción penetrante de la lluvia, la opresion de una atmósfera pesada, que me niega el aire y la luz; la firmeza de un sentimiento invariable que me sirve de existencia, que es como la inmóvil tela á que está unido el hilo de todas mis ideas: la voluptuosidad que corona una larga esperanza satisfecha; todas estas causas reunidas inflamaban mi sangre, y prestaban á los sueños de mi imaginación las ilusiones casi palpables de la fiebre. Los monótonos latidos de mis arterias marcaban el acompasado balanceo de la barca; mis oídos zumbaban como el viento de la noche, en las jarcias apretadas por el hielo, y fuegos extraños deslumbraban mis ojos. Legiones de espectros confusos, juego fantástico de las olas, se agrupaban á mi lado; el mas obstinado de todos, que retrocedía ante mi proa, me presentaba sin cesar el cuerpo inanimado de una mujer con traje blanco, que salía del lago, y me alargaba los brazos...

Los espíritus á quienes Dios ha confiado el cuidado de su creación, son algunas veces demasiado crueles en la elección de las imágenes que esparcen sobre la obediente tela del firmamento. Creerías que se complacen en astustar al alma con prestigios lígubres, que se asemejan al mas triste de sus pensamientos, ¡cuántas veces han esparcido la cabellera de la nube errante, para darle el aspecto de una ca-

beza moribunda!... ¡cuántas veces, mas atentos á la perfección de este trabajo, estravagante juego de sus caprichos, han fijado por un momento con rasgos móviles semejanzas fatales!... ¡Y qué hombre tiene bastante seguridad en su conciencia para encontrar sin espanto en el cielo la imagen de unos muertos á quienes ha amado?...

Ya hacia largo tiempo que el sol habia andado la mitad de su carrera, y semeiante al pensamiento de un alma viril que se desprende con energía de los errores del mundo, para tomar por último posesion de su tardía madurez, penetra obedientemente la masa de las pálidas tinieblas de un rayo vivo y puro, cuya estremidad se quiebra, y resalta en la superficie del lago, como la enecudida barra que el herrero mete en el agua cuando la saca de la fragua. Poco á poco unos rayos ménos pronunciados blanquean todos los puntos del horizonte, se dilatan, se desplagan y concluyen por confundir sus indecisos lados en una nube de luz que pesa sobre el vapor transparente, y que le hace disiparse por todas partes. La bruma se agita como las olas, toma una existencia distinta y visible, la de un lago aéreo que obedece al impulso de los vientos, y que á su arbitrio, mueve con violencia las encrespadas olas, ó las convierte en apacibles y ligeras. Me asombra el que mi barquilla, encadenada en las profundidades del abismo, no se eleve con aquel mar sutil á las brillantes regiones cuyas riberas baña.

Todo mi horizonte está en el cielo, ó mas bien parece volverse á cerrar en derredor mio á medida que se estiene sobre mi cabeza. Al principio no era mas un disco livido, cuyo arcolea mas livida todavia, se eslinguía al ensancharse: ahora es un vasto círculo que toca por todos lados á los limites de la vista y cuya indecisa circunferencia solo se desvanece en las impenetrables brumas de que me hallo envuelto. Apénas algunos destellos luminosos, deslizados en su húmeda trama, colorean por un instante su tejido engañoso. Estrechados ó contraídos por el frio elemento que los circunda, vuelven á caer sobre mi, mas espesos y oscuros como una red insidiosa entre la traicion y el castigo.

El borrascoso Océano de las brumas comienza á tener limites: le veo concluir á lo lejos en azuladas playas, que inundaba hace poco con el desbordamiento de sus olas impalpables y mudas. Desciende como si fuese movido por el reflujo, y se precipita hácia mí, desde las estremidades del abandonado cielo. Ya la cima deslumbradora de las montañas de nieve, corta acá y allá su superficie oscura, como el banco de espuma que corre sobre la pizarra lustrosa de los mares: se lejan las cimas, cubiertas de una sombra monótona, se prolongan á manera de negros promontorios; crestas holadas los erizan con sus picos quebradizos como escamas: una aguja de basalto le atraviesa como un mastil flotante, que trepa lentamente por la curvatura insensible del horizonte. Una nube mas iluminada que medio se pierde entre los rayos del sol, le recorre como una vela.

¡Encanto de una sangrienta esperanza, no engañes mis deseos!... El sol desciende hácia el Occidente, mas por el Norte: todas las nieblas, impelidas por un viento impetuoso, ruedan unas sobre otras, como unas montañas errantes: se condensan, se acumulan y se estienen como una costa brava, y circuyen el lago con sus paredes de un blanco uniforme: coronáneas de fortalezas, se redondean como torres, trazan aberturas á manera de aspilleras, y echan peligrosos puentes sobre los abismos del aire. Apénas algunas isletas desprendidas de sus pesadas masas, se esporean sobre el limpio cristal del cielo, y proyectan en su inmóvil espejo, la risueña frente de aquellas florestas aéreas, que no

han sido jamas visitadas sino por los espiritus. Sin embargo, algunos vapores mas gruesos no han podido llegar todavia a estas regiones elevadas: unos se arrastran como pesados rebaños por el declive de las riberas; otros esparcidos por el reverso de las empinadas praderas, se estrechan hacia las chozas como si obedeciesen a la señal dada por el cuerno de los pastores: las mas ligeras se colocan sobre los escarpados peñascos, como la atrevida cabra que compite con ellas en blancura.

Algunas hay que han superado ya todos los obstáculos, y que no dejan encima de ellas mas que un corto número de orgulosas cimas, cuya elevacion jamás han tocado las nubes: arrastradas por una fuerza desconocida en derredor de su movable eje, se enroscan al pié de la inaccesible cuspide como reptiles ondulantes, y estendiendo por su base una especie de atmosfera trasparente y luminosa, como los tapices de diamantes que llenan de resplandor los palacios de las hadas, ó se comprimen con balanceo regular semejante al de las olas de quienes han recibido su fugaz existencia. Es otro lago que sostiene otra montaña sobre todo el horizonte y que varia la magnificencia de su aspecto eterno, prestándole el encanto pasajero de sus inconstantes bahías, y la frescura imaginaria de sus aguas. Así se eleva la antigua fortaleza de San Miguel del mar, en medio de sus blanquecinas playas y de sus movizados arenales.

La superficie del lago estará bien pronto tan limpia de nubes como el cielo que refleja: un viento del Sur que hace presagiar alguna tempestad, la roza con su tibio aliento, y arrolla en sus orillas, á manera de copos, el resto de las pezosas nieblas. Unos se rompen por debajo de la ribera, y otros se deslizan sobre la movizada arena, como el último flujo de la marea que se retira, y que vuelve á ser absorbido por la última oleada. Apenas se las ve suspenderse á lo lejos como ligeros girones á la punta de un peñasco, balancearse en las ramas de las espinosas zarzas como un suave vellon; correrse entre dos arboles como la efimera tela de un insecto ó cubrir con un humo ficticio el tejado de una choza desierta. ¡Dichoso el que pudiera habitarla sin remordimientos y sin recuerdos, ignorado de un mundo desconocido!

Ya hace largo tiempo que el sol ha traspuesto la montaña; ya no la ilumina mas que como una cúpula inflamada, que se va apagando como una hoguera que no tiene combustible: bien pronto no es mas que un punto encendido que aumenta la luz en el momento de extinguirse, y que podría tomarse por un faro colocado en el cielo al principiar una tempestad. No se halla esta muy distante. En el lago, en el aire y en los arboles se observa una inmovilidad amenazadora, que da la idea de lo que será el mundo el día de su destruccion, cuando el poder que mantiene en perpétua armonía el juego de sus órganos, se aparte de su cadáver y le deje frío y abandonado en los desiertos del espacio.

Al instante el occidente apareció adornado de anchas colgaduras de púrpura, con bandas de color violado oscuro, que concluyeron por invadirlo todo: ahora se han estendido como una vela inmensa, de un negro mástil, en donde se apagan acá y allá algunos reflejos cobrizos, semejantes á los que se ven brillar en la superficie de una antigua rodela de bronce: se van oscureciendo y mueren. El último rayo del día que se disipa ilumina con una chispa de oro el punto mas elevado del Monte Blanco, y se detiene allí un instante en medio de la oscuridad universal, como una estrella desconocida á los pastores.

¡Cuán triste es el silencio cuando se busca á un enemigo!

¡Cuán horroroso es que el ligero estremecimiento del aire y del agua no adviertan el ruido de una proa, ó el balanceo de un pabellon! ¡Cuán fugaz parece el placer del odio y de la venganza, cuando se han confiado á los azares de la noche, en que un inopinado encuentro puede devorar en un rápido minuto, todo el porvenir de nuestras esperanzas y de nuestros deseos!

Las nubes son negras y brillan todavia con un metal de colores oscuros que se funde en los hornillos: cuando una claridad fugitiva se desliza en los pliegues del tenebroso pabellon que suspenden sobre las montañas, se distingue en una sombra mas espesa, en una oscuridad mas impenetrable, algunas nubes con las orillas á manera de flecos, cuya figura imita las escorias de una capa de lava apagada. El lago refleja el ardor de esta atmosfera abrasadora, y cuando las lumbreras de la noche, recorren su tétrica superficie, la pesada inmovilidad de sus aguas, sin brillo y sin murmullo, dá la idea de un mar de plomo derretido, preparado en el fondo de algun infierno para la espacion de un crimen desconocido de todos los pueblos y de todas las edades.

Mis rodillas se doblan: mis ojos ahorrados como por un hierro candente, estaban deslumbrados por unos astros encarnados y azules, que hacian girar sobre un fondo negro sus disformes globos reproducidos siempre con el mismo aspecto y los mismos colores: oia ruidos extraños y amenazadores, cánticos de terror y regocijo, quejidos y exclamaciones de placer, la campana de la parroquia, el toque ó señal de incendio y el clamor ó toque de muerto.

C. NOBIE.

CUBIERTA DE UN VAPOR

SOBRE

EL LAGO DE TROUV.

Para todos aquellos que se deleitan en la contemplacion de la naturaleza, la Suiza es una especie de tierra comun donde van á admirar sus encantos y, magnificencias. Ademas del suelo que cultiva el labriego, ademas de las cosechas y rebañios que hay en él, se encuentran en esas admirables regiones mil riquezas que pertenecen á todos, cuales son los nevados picos que se destacan sobre el azul del cielo, los espesos bosques con sus gargantas y cascadas de verdura, y sobre todo los lagos, esos limpidos espejos que parecen sembrados de distancia en distancia, para multiplicar las bellezas de la creacion reflejándolas por todas partes.

Estos tesoros de propiedad comun atraen todos los años á la Suiza á todos los peregrinos del arte de la moda ó de las diversiones, y hacen que se conviertan esos lugares privilegiados durante algunos meses, en el paseo mas escogido de la Europa.

Bajo este punto de vista particular, la cubierta de un vapor parece simbolizar perfectamente la mision de la Suiza entera. Allí se encuentran y se rodean los viajeros de todos los países: se traban relaciones amistosas, las necesidades del viaje conducen á servicios reciprocos, se está demasiado cerca para permanecer indiferentes uno á otro, y se hallan todos demasiado bien para aborrecerse.

Sin embargo, la fraternidad no se establecerá desde el principio. A la salida, cada cual se quedará aislado en su nacionalidad como se vé en nuestro dibujo. El inglés provisto de su carta topográfica y de su libro de viaje, indicará á su guia los lugares y aldeas que quiere ver, el sacerdote ita-

liano se sentará á un lado á leer su breviario; el artista francés se arreglará un pupitre con dos cofres y enriquecerá su album con algunos diseños, en tanto que dos estudiantes venidos de la otra ribera del Rin se enseñarán mutuamente sus herborizaciones, y un desterrado polaco envuelto en su cascaco de pieles lanzará una mirada sombría sobre esas hermosas regiones que no pueden recordarle su patria que-

rida. Mirando hácia la izquierda descubriréis una pareja parisiense que habla y se sonríe. Para estos ya la sensacion está en comun; el paisaje es un motivo de conversacion, si se miran es para comunicarse lo que han visto. Precioso instinto social que bien luego se volverá contagioso. No pasará mucho tiempo sin que la jóven se acerque á ver las flores que el estudiante recojió en la montaña; el dibujo del francés pa-



Cubierta de un vapor. — Dibujo de KARL GIEBARDT.

sará de mano en mano y llegará hasta mior que olvidará su carta topográfica; el niño saltará de las rodillas de su madre para jugar sobre cubierta, y hasta el mismo polaco atraído por el acento de la Francia se mezclará en el grupo como á la voz de su segunda patria.

Invencible poder del hombre sobre el hombre! Por todas partes donde se entrega á su inclinacion natural, se aproxima involuntariamente á su semejante, seaosca á él por medio de la palabra, y juntos disfrutan de la felicidad de todos.

Solo la prudencia, triste fruto de la esperiencia y del interes, detiene los impulsos de la simpatía, y nos enseña á establecer en nuestro derredor esa muralla de desconfianzas con frecuencia inútiles y siempre dolorosas. Ay! Si entra en las necesidades de nuestra condicion humana el ver engañadas las ilusiones, quién de nosotros no desearia poder decir lo que decía un filosofo en su lecho de muerte «que habia siempre amado á los hombres lo bastante para que estos pudieran engañarle.»

MAGDALENA

por
JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 146, 150, 151, 159 y 197.)

En medio de estos desórdenes fué cuando vino á sorprenderle la carta de su padre, carta tan digna como tierna, sin cólera ni pueriles declamaciones. Mauricio cuando la leyó sintió en su corazón todos los nobles instintos que se despertaban con el aguijón de los remordimientos. Al sonido de aquella voz augusta se puso á sollozar, las lágrimas saltaron de sus ojos, y un grito de amor se escapó en fin de aquel corazón desde hacía largo tiempo cerrado y silencioso. Ya estaba para marchar, ya se marchaba, cuando supo que su padre había muerto. Mauricio se quedó aterrado, cayó enfermo de fiebre y de delirio. Sus amigos, ó sus cómplices, por mejor decir, bajo pretexto de consolarle le cercaron á su cabecera, tanto que el golpe que parecía acabar de romper los malos lazos, no sirvió sino para estrecharlos con mas fuerza que nunca. Qué hubiera ido á hacer á Valtravers? Mauricio despues de algunos inútiles esfuerzos, halló muy cómodo abandonarse á la turba que le rodeaba, y esto consiste en que es muy difícil el volver á subir esa pendiente que se baja tan fácilmente. Sin embargo, la realidad mas amenazadora cada vez principiaba á hacerle sentir atroces tormentos. Los apuros se iban multiplicando, porque el desorden en los sentimientos lleva directamente á todos los desórdenes. Para apaciguar la hidra de la deuda, Mauricio tuvo por fuerza que resignarse á la venta en público subasta del palacio en donde había nacido y del dominio de sus padres. En una palabra, poco á poco, llegó insensiblemente á encontrarse mezclado en ese grupo de descarratados que viven en París sin patrimonio y sin carrera, jugando siempre, llevando buena vida, é insultando con su fortuna inesplicable á las gentes honradas.

Pero de todos modos, siempre llega una hora en que el destino, como un acreedor implacable, viene á llamar á nuestra puerta pidiendo lo que se le debe, y en esa hora terrible, de grado ó por fuerza, es preciso ajustar cuentas. Se ha dicho y repetido muchas veces que el hombre es el juguete de la casualidad; por mi parte creo que no hay lógica mas cierta é inflexible que la de la vida humana. Todo está ligado, todo se encadena en ella; para el que sabe ver las premisas, y esperar con paciencia la conclusion, es seguramente el mas vigoroso slogismo. De este modo le sucedió á Mauricio aquello que le debía suceder; la hora fatal le sorprendió en una situación sin mas salida que el suicidio ó el deshonor.

Era un alma pervertida, pero no perversa: en lo mas fuerte de sus extravíos, se habría podido descubrir en el suelo de su origen, y la huella de una grandeza innata, aunque bastante alterada. En medio de la noche profunda en que se había estraviado, lanzaba de cuando en cuando hermosos resplandores, y así sucedió que entre las dos sombras que tenía, no titubeó un instante. Además hacia ya mucho tiempo que su suicidio moral se había cumplido, ya no le faltaba sino enterrarse y el sombrío fastidio que le devoraba, el hastio profundo de la vida, debían llevarle tarde ó temprano á un vulgar desenlace, fácil de prever en una época en que se ven tantos jóvenes de veinte años que desesperan de la vida.

Una vez tomada su resolución, y demasiado altivo hasta en su humillacion para consentir en abandonar la exis-

tencia como un deudor insolvente que huye de los alguaciles, mandó vender su alquería del Coudray á la cual no había querido tocar pensando en Magdalena, porque bien que no hubiese conservado en su seno mas que una imagen muy vaga de su prima, sin embargo, había previsto el caso en que pudiera caer en la pobreza. Tranquillo sobre este punto, pues sabia que Magdalena poseía legítimamente el dominio de Valtravers, enagenó para pagar las últimas deudas contraídas, el único y último resto de la herencia paterna, y luego impelido por esa triste necesidad de emociones que nunca se apaga en nosotros, quiso volver á ver antes de morir el rincón de tierra en donde había nacido.

Esta vuelta al lugar natal sobre la cual acaso había contado para reanimar en sí la juventud, no sirvió sino para mostrarle en toda su estéril desnudez la pobreza de su ser; apenas reconoció los senderos por donde había pasado tantas veces entre la marquesa y el caballero; volvió á ver sin emoción ninguna aquella hermosa naturaleza que había amado tanto, que le había visto joven y hermoso como ella. Cuando se fué á sentar en los umbrales de la puerta donde su padre había muerto, ni una sola lágrima se desprendió de sus áridos párpados; justo castigo de las almas manchadas que, despues de haber ultrajado todo cuanto hay en este mundo santo y respetable, pretenden un día apagar su sed en el manantial de las puras emociones que para ellos no da otra cosa sino aguas amargas.

Creer que aquel joven iba á regenerarse con el contacto de aquella suave criatura llamada Magdalena, hubiera sido alucinarse. Levita grosero del culto de la belleza sensual, cómo hubiera podido comprender aquella original hermosura? Cuando la volvió á ver, no solo no pudo descubrir sus gracias, sino que aun despues de haberla examinado detenidamente como hubiera podido hacer con una estatua, reconoció al punto que su prima carecia totalmente de caracter: todo lo que sintió á su lado se redujo á ese vago sentimiento de incomodidades ó de violencia que experimentan casi siempre los libertinos, cuando se hallan por casualidad al lado de una mujer casta. Casado hacia mucho tiempo de las despedidas, una mañana se marchó como había venido, sin decir á nadie una palabra.

De vuelta en París se apresuró á finalizar sus negocios. Ya antes de su salida, había reformado su casa despidiendo á sus criados, y vendiendo sus coches, con lo cual y lo que produjo la venta del Coudray tuvo para pagar sus últimas deudas. De este modo se halló con una suma de unos mil escudos, cantidad mas que suficiente para llegar al término del viage. Libre de todo cuidado, se mantuvo quieto, decidido á pasar en el retiro los pocos días que debía aun permanecer en la tierra. Si había vivido mal, al ménos quería morir bien, es decir, con dignidad, por que no creyendo en nada, el desgraciado se preocupaba lo mismo de Dios que de los hombres. Ni aun la imagen de Magdalena pudo iluminar con un pálido reflejo la noche anticipada de su vida; ni siquiera un instante se detuvo melancólico su pensamiento sobre aquella dulce figura, y en medio de su cobarde egoísmo tampoco se acordó de que la fortuna de su prima estaba en peligro, y por consiguiente que era bien incierto su destino.

La hora se iba acercando, y sí esperaba aun no era por que vacilase en su resolución; lo único que había era que despues de tantas fatigas, despues de tantas y tan vanas ajitaciones, se olvidaba hasta de sí mismo, disfrutando de la calma y el silencio que rodean siempre al alma humana, cuando está próxima á partir, cumplida su tarea, sabiendo que

nada tiene ya que hacer en la tierra. Bien luego todo pareció anunciar en él la firme resolución de acabar con sus días; ya había escrito á Magdalena su carta de despedida; sus pistolas estaban cargadas; mes de una vez había apoyado el bronce sobre su frente, como para probar el helado beso de la muerte, y por último, y en esto se habría podido conocer que tocaba al momento supremo, se ocupó en destruir todos los vestigios de su pasado, á fin de dejar solo un cadáver á los comentarios de la curiosidad.

VII.

Salido por la mañana de París había vuelto por la noche, despues de haber errado todo el día en los bosques de Lucienne y de La Celle. Jamás la vida le había parecido tan pesada; nunca había sentido tan profundamente el vacío y la nulidad de su corazón, y el aniquilamiento de sus facultades todas. En cuanto entró en su casa tomó un cajoncito y le abrió: las cartas que había recibido en mejores tiempos se hallaban allí revueltas, todas juntas, sin mas orden ni cuidado que el que había puesto en el arreglo de toda su existencia. Cartas de familia y cartas de amor, flores marchitas, cintas ajadas, rizos de cabellos, allí estaba todo el poema de su juventud. Cuando levanto la tapa con una mano un poco piadosa y comovida, aunque hacia muchos años que era insensible á las sensaciones de esta naturaleza, no pudo ménos de estremecerse con los perfumes de los días dichosos que desaparecieron como una ráfaga de primavera. Entre las cartas que leyó antes de arrojarlas á las llamas, el acaso le puso justamente entre las manos aquella que su prima le había escrito sin saberlo la marquesa ni el caballero, y que él había dejado sin respuesta. Por primera vez la leyó enteramente sonriéndose de vez en cuando con la sencillez del encanto que descubría en ella. Cuando las llamas lo consumieron todo, Mauricio sacó del cajoncito vacío un medallón que se puso á considerar atentamente, y durante algun tiempo con aire sombrío. Al tocar á él se había estremecido como con el contacto de una vibora; al reconocerle se sintió sobrecogido de un temblor nervioso, y siniestros reflejos salieron de sus ojos, muertos hacia un instante en el fondo de sus órbitas. Era el retrato de la primera, de la única mujer que había amado. Su fisonomía era hermosa, pero de una hermosura sombría y fatal; examinándola detenidamente se creía ver una esfinge misteriosa proponiendo su corazón por enigma, y devorando á los insensatos que se presentaban á adivinarlo. Al cabo de algunos minutos de sinistra contemplacion, Mauricio con un movimiento de odio y de cólera lanzó lejos de sí el delgado y frágil marfil que fué á hacerse pedazos contra la chimenea. Aniquilado con este último esfuerzo, se dejó caer sobre un diván con su pálido rostro oculto entre sus manos. De este modo permaneció mas de una hora, y al levantar la cabeza vió en pie delante de él á Magdalena que le miraba con una triste y suave sonrisa. Al punto creyó que era una ilusión de sus sentidos; un instante creyó ver al ángel de la muerte que venia á asistirle en su agonía, pero Mauricio no era hombre para detenerse largo tiempo en estas poéticas suposiciones.

— Vos aquí, Magdalena! qué me quereis? Qué capricho, ó mas bien qué interés os trae? De todos modos, ya podeis saber que estais demas.

— Sí, primo mio, yo soy, respondió el joven, sin turbarse ni sorprenderse con estas palabras dichas de seguida con un acento cortado y casi brutal. Soy yo, ó mas bien somos nosotras, añadido, porque vuestra hermana de leche está tam-

bien aquí á dos pasos en vuestra antecámara: no he podido decidirla á que se separase de mí, y acaso no os desagradaría el ver de tiempo en tiempo su honrada y buena fisonomía.

— Y qué idea habeis tenido de salir de vuestro nido? preguntó bruscamente Mauricio. Qué habeis venido á buscar en esta ciudad infame? No sabeis que el aire que se respira está infestado; ignorais que aqui se muere de tristeza y de enojo? Vosotras en París? Pobres criaturas, volved luego, volved á Valtravers, y no salgais jamas de vuestros bosques.

— Eso se dice facilmente, primo mio, repuso dulcemente Magdalena, pero debeis saber que ese pleito que creiamos ganar le he perdido completamente; ignorais que Valtravers ya no es mio, y que me hallo absolutamente en la misma situación en que me hallaba aquella tarde en que me encontrasteis en el fondo de aquellos bosques donde me aconsejais que permanezca siempre.

(Se continuará.)

CATEDRAL DE SAN PEDRO DE TROYES.

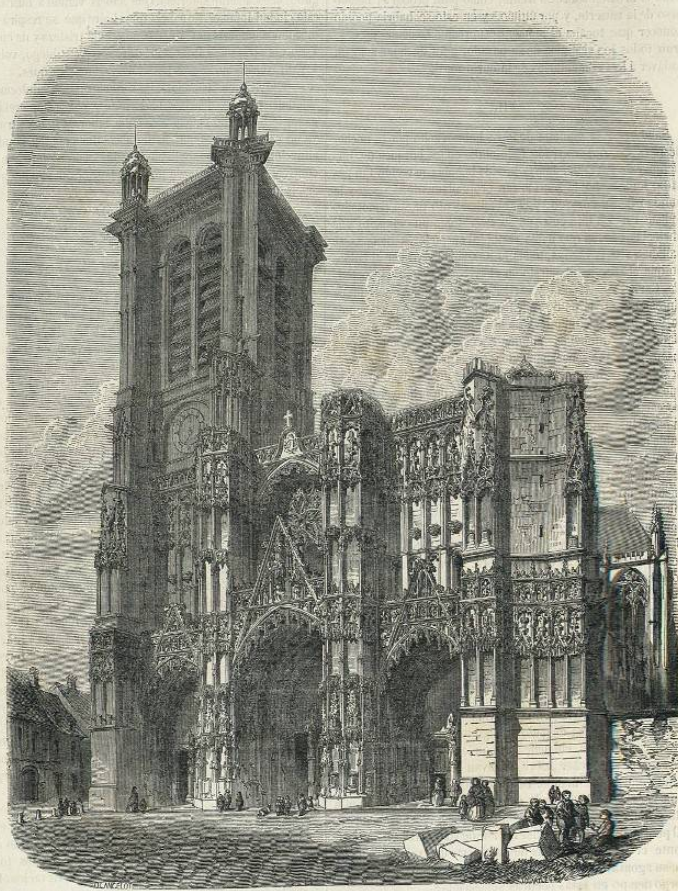
La catedral de Troyes tan notable por su estension, por sus bellezas arquitectónicas y por la riqueza de sus vidrieras, era en el siglo III una capilla dedicada al Salvador. Una iglesia mas vasta reemplazó este primer templo en el siguiente siglo que á su vez cedió el puesto á otro monumento elevado en 870 por el obispo Othulpe, que fué arruinado por los normandos en 898 y vuelto á construir por el obispo Milon en 980. El terrible incendio de 1188 que consumió una gran parte de la villa, llegó hasta la catedral que tenia entonces un techo de plomo. Este desastre arruinó á los habitantes, y solo veinte años despues el obispo Hervé principió á poner los cimientos del nuevo edificio, pero la muerte detuvo sus proyectos. En 1223 solo estaban acabados el santuario y las capillas que le rodeaban. El coro, muy adelantado en tiempo del obispo Nicolas de Brie (1253-63) fué acabado por Juan de Auxois, elegido en 1304. Los crucesos son del tiempo de los reyes Felipe el Hermoso y Luis Hutin: la nave continuada en el siglo XIV, fué interrumpida por las guerras y no se acabó hasta el año de 1492. El campanario construido en el centro de los crucesos, fué destruido por una tempestad, y no se volvió á levantar hasta 1430. Los primeros cimientos de la fachada principal y de las torres se pusieron en 1506 por el obispo Raguer. Martin Chambige, de Beauvais, maestro de albañilería dirigió los trabajos en 1510, siendo reemplazado por Juan de Soissons que cedió su puesto á Juan Bailly en 1550. Este continuó la torre que se acabó en 1648. El campanario que se elevaba á unos 60 metros sobre la iglesia, atrajo muchas veces el rayo sobre el monumento; en 1700 fué incendiado y comunicó el fuego á los techos de la iglesia.

La fachada principal tiene tres puertas de 53 metros de ancho sobre 33 de alto hasta la balaustrada que forma encima del roseton central. Solo la torre del norte ha sido acabada: tiene 64 metros hasta la plataforma, y las dos torrecillas que tiene encima cuentan 10 metros de elevacion. Esta fachada dividida en tres partes, es la expresión mas completa del arte ogival sobrecargado de molduras y de adornos. El roseton central es una obra maestra de combinacion geométrica: la punta de encima que se halla unida con la balaustrada sostenida en otro tiempo el escudo de armas de la Francia.

La torre del norte elevada á principios del siglo XVII se halla en desacuerdo en su parte superior con el estilo del

pórtico del edificio; los arquitectos introdujeron en ella el órden corintio, la del Sur no ha podido llegar mas allá del pórtico.

El plano de la catedral forma cinco naves, las capillas laterales y cruceros. Su estension es de 120 metros de largo sobre 40 de ancho.



Catedral de san Pedro de Troyes (departamento del Aube)

Las capillas que rodean la catedral son bastante numerosas y tienen el mismo estilo de las partes del edificio en que se hallan; las que hay alrededor del santuario y sobre todo la de la Virgen son admirables. Las otras, á medida que se

entra en la nave presentan las diferencias del estilo ogival de los siglos XV y XVI. Las vidrieras de las ventanas tienen magníficas pinturas y ademas la iglesia posee algunos sepulcros muy curiosos.

FELIPE WOUWERMANS.



Alto de oficiales.

Antes de entrar en materia debemos rectificar aquí un error tipográfico que se ha deslizado en nuestro artículo sobre Felipe Wouwermans: este pintor nació en Harlem, como dijimos, en 1620, pero murió en 1668 y no en 1648.

En presencia de la multitud verdaderamente prodigiosa de sus obras, al ver el cuidado con que las acababa, cuando se sabe que no hay museo público, que no existe ningún gabinete de aficionado que no posea al menos un cuadro de Wouwermans, habiendo pagado por él á veces treinta y cuarenta mil francos, se rectifica bien luego y por sí mismo el error de que acabamos de hablar, porque es evidente que el célebre holandés ha debido vivir mas de veintiocho años. La historia del arte no presenta mas que un solo ejemplo de un artista muerto en esa edad y que haya dejado un nombre

tan ilustre como el de Wouwermans: es Pablo Potter y aun debemos apresurarnos á añadir que su mérito no es hijo de su fecundidad, sino de lo buenas que son sus pocas obras.

Felipe Wouwermans aprendió el estudio de su padre, pintor de historia bastante inferior. Luego trabajó con Winants, que fue uno de los mas hábiles paisajistas de la Holanda, pero este pintor no entendia mas que de paisajes, y Wouwermans presenta ya un campo ménos esclusivo, una carrera mas vasta.

Su gusto principal era representar marchas de ejércitos, batallas, cacerías, ferias, cuadras, y *Altos de oficiales* como el que damos hoy. Algunos pintores holandeses habian pintado con bastante buen éxito asuntos semejantes ántes de Wouwermans, pero con razon y justicia se ha notado que

este fue el primer pintor que supo dar á los caballos esa gracia, ese fuego y esa ligereza que caracterizan á este hermoso animal.

Wouwermans tenía que mantener una familia muy numerosa, y como los que traficaban con sus cuadros se los pagaban á un precio muy ínfimo, se veía obligado á trabajar constantemente para subvenir á sus necesidades. Sin embargo no por eso dejó de esmerarse en sus obras cuanto pudo, y por esto, casi todos los inteligentes en pinturas, sostienen que los cuadros inferiores que llevan su nombre deben atribuirse á sus hermanos, que pintaban también en su género, aunque nunca le pudieron igualar en las figuras, cañales, árboles, cielos y campos, cosas que siempre descuellan en las composiciones de este maestro.

J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POE
JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 189, 197 y 200.)

—Habeis perdido vuestro pleito! Valtravers no os permite ya! exclamó Mauricio con espanto.

—Así es, primo mío, pero eso no es una razón para insultar á la justicia humana. Ah! Dios sabe que nunca he tenido afán por las riquezas; solo me afilje la idea de que no hayan respetado la última voluntad de la marquesa, aunque debo decirlos también que siempre había alimentado la esperanza de que aquel hermoso dominio y el palacio volverían un día á su dueño, es decir á ti, y vos ó á vuestros hijos.

—Mis hijos no necesitarán nunca nada, y ahora no se trata de mí, respondió Mauricio con un tono más breve y resuelto cada vez. Por qué no quisisteis aceptar aquella alquería del Coudray que os ofrecí? por qué me habeis dejado que la venda? por qué no haberme dicho entonces que acaso podríais hallaros un día sin recurso! Este día ha llegado; qué vais á hacer?

—No me riñais, primo mío. Ya veis que no he dudado de vuestro corazón puesto que al momento me he dirigido á él; os juro que ni un solo instante he titubeado. Mi primo, he dicho para mí, es el único apoyo que puedo implorar en este mundo; sabe que he amado tiernamente á su anciano padre y acaso puedo ser digna de su interés; le conozco, es generoso, y por eso podré ponerme bajo su salvaguardia, segura de que al verme, no me rechazará! Dicho esto, tomé mi equipaje en el brazo, como el día que sali de Munich, y luego despues de haberme arrodillado sobre los umbrales que tan hospitalarios fueron para mí, despues de haberme despedido largamente de aquel techo bendito, de aquellos dulces lugares que veía por última vez, he venido y estoy aquí. Mauricio, no creéis que he hecho bien? Pensais que habría debido hacer otra cosa?

Mauricio no respondió. Sentado en el diván en frente de Magdalena, la miraba con un negro estupor, como un hombre que no sabe si sueña ó si está despierto. No era necesaria mucha perspicacia para advertir lo que pasaba en su alma. Sin embargo Magdalena aparentando que nada notaba, añadió con una risueña dignidad:

—No temais, primo mío, que venga á ser un obstáculo para vos; no pretendo coartaros de ningún modo vuestra libertad. Mis gustos son sencillos y modestos, mi pobreza no

será gravosa á vuestra fortuna; únicamente me atrevo á suplicaros, que suspendais al menos por algún tiempo el largo viaje que tenéis proyectado, lo que sin duda haréis para no dejarme sola y sin protección en este pueblo tan grande que vos mismo habeis calificado de infame; os quedaréis, no es verdad? Vuestro noble padre y la buena marquesa os lo piden por mi voz, y mi santa madre también que antes de espirar me contó al hijo de su hermana. Acordaos de la carta que me dejó por toda herencia, y por sí la habeis olvidado, aquí está Mauricio, leedla, aquí os la traigo.

El hecho es que Mauricio no había leído nunca aquella carta. Como era la única cosa que la quedaba de su madre, la huérfana al día siguiente de su llegada á Valtravers, hubo de pedírsela al caballero, quien accedió gustoso á aquel santo deseo. En medio de las preocupaciones que le agitaban ya, no es de extrañar que aquel joven no pensase en averiguar la identidad de Magdalena; su padre le había dicho: Esta es tu prima, y Mauricio dió un beso á la forastera, sin pregunta ni observación ninguna. De este modo, mas bien por distracción que por curiosidad, tomó maquinalmente el papel que la joven le presentaba, y se puso á recorrerle con ojo indiferente y seco.

Sin embargo al leer aquella carta, con los caracteres gastados por las lágrimas y los besos, Mauricio se fue acordando poco á poco de todos los pormenores de aquella tarde de otoño en que vió por primera vez á Magdalena. Se acordó del bosque sombrío, de la plazoleta alumbraada por los últimos rayos del sol en el ocaso, de la verja del parque, y del peristilo donde se el caballero y la marquesa, recibieron á la pobre Magdalena. Mauricio se conmovió con estas imágenes; una débil corriente de agua pura penetró por los áridos flancos de la roca; mas al ver las últimas líneas, dirigidas á él, al leer estas palabras: «Y tú á quien no conozco, pero á quien he confundido siempre con mi hija en un sentimiento de ternura y de amor, tú, hijo de mi hermana. Si tu madre te ha dado su alma, serás bueno y también fraternal para mi amada Magdalena...» la roca saltó, y durante un instante el manantial tanto tiempo cautivo salió en olas abundantes y purísimas. En tanto que Mauricio ahogaba sus sollozos entre los almohadones del diván en que estaba sentado, Magdalena le miraba en silencio, en pie, con los brazos cruzados sobre su pecho en ademán triste y meditabundo, como una madre joven al lado de la cuna de su niño enfermo.

—Mauricio, amigo mío, qué tenéis? le greguntó al fin con cariñosa voz.

El joven le hizo sentar junto á él, le tomó las manos entre las suyas, y subyugado por la emoción que le dominaba, contó de su vida todo aquello que se podía contar sin asustar demasiado al alma virginal suspendida de su narración. La habló de la pérdida de sus ilusiones, de los desórdenes en que le habían precipitado el dolor y el fastidio, de sus extravíos, de su ruina completa, de su profundo hastío de la vida, de su firme resolución de acabar con ella, en una palabra se le lo confesó todo. Ya puede suponerse fácilmente lo que sería este relato. Mauricio con cierta complacencia secreta, se presentó como héroe del desengaño y como víctima de las realidades de la vida, tan grande es el orgullo de la flaqueza humana, y concluyó acusando á la tierra y al cielo sin perdonar á nadie mas que á sí mismo en la inmolación que hizo de la sociedad entera.

Magdalena le escuchaba con un aire de reflexiva y melancólica tristeza: cuando acabó de hablar, permaneció largo tiempo silenciosa, en una actitud meditabunda y recogida.

—Es una historia bien extraña, dijo de repente con un

tono de voz bastante alegre y alzando hacia él sus hermosos ojos, cuyo brillo no se había alterado un solo instante con aquellas tristes revelaciones, pero debo confesar, querido primo, que no la he comprendido enteramente, acaso por su demasiado elevación para una joven que acaba de llegar de su provincia donde ha vivido largo tiempo sencillamente entre corazones honrados y modestos; allí no me han acostumbrado á sentimientos tan extraordinarios, y á pesar de sus vicisitudes, había creído hasta aquí que la vida era un buen presente que nos hace Dios. Lo único que sacó en consecuencia de todo lo que me habeis dicho es que habeis disipado vuestro patrimonio, y que si yo no tengo nada, otro tanto poseéis vos. Sin embargo, este no es un motivo para desesperarse. Únicamente, debo preguntaros á mi vez: qué es lo que vais á hacer? Mataros? Imposible, estando aquí yo, que no solo he contado con vuestra fortuna sino con vuestro afecto: aunque arruinado y pobre como yo, no por eso dejaréis de ser mi lejítimo sosten, mi natural apoyo. Nuestras madres eran hermanas; ambas están viéndonos y oyéndonos; cuando me presenté en vuestra casa vuestro padre me abrió sus brazos, y desde entonces fui considerada como hija suya. Yo fui quien os recomplazó á su lado, yo le ayudé á morir y mi mano le cerró los ojos; sin embargo, huérfana por segunda vez, me halló aquí sola, sin recursos, sin otra protección que la vuestra, en un mundo lleno de escollos todos desconocidos para mí! Mauricio, respondidme: creéis que vuestra vida os pertenece?

Doblegado bajo el peso de los deberes que acababan de estallar sobre su cabeza como el rayo, tan espantado con la obligación de vivir, como lo hubiera estado con la de morir en tiempos mas felices, encaenado á la existencia como un preso que próximo al momento de ver caer sus grillos, siente que se los aprietan á los pies mas estrechamente que nunca, Mauricio no respondió sino con una explosión de desesperación. Qué podía hacer por su prima, cuando nada podía por sí mismo? Qué ayuda podía prestarla, cuando le era imposible soportar el peso de su cruel destino?

—Marchaos de aquí, dejadme, exclamó exaltado. Respetad mi desgracia, no me insultéis en este momento supremo. Desde la ribera en que os hallais, no llameis en vuestro socorro á un infortunado que se ahoga, no pidáis un apoyo á la caña doblada por los vientos.

—Amigo mío, respondió Magdalena, apoyémonos el uno sobre el otro, y podremos resistir á la tempestad. Tendámonos una mano amiga, y podremos sustraernos juntos á las olas que nos amenazan, y de estemedo llegaremos con un común esfuerzo á la ribera donde no me halló ya, no lo creais. Animo, Mauricio, animo. En vez de llorar y de enterarar, alzad; la muerte es una espaiación estéril, vivid, sed un hombre en fin. Solo es feumda la realidad, no se trata mas que de comprenderla y amarla. Somos pobres, es cierto, pero no en vano hemos recibido del cielo la inteligencia, la fuerza y la salud. Vamos, primo mío, haremos lo que hacen tantos otros iguales á nosotros, lo que hicieron en otros tiempos la marquesa y el caballero; trabajaremos para vivir como hijos del Señor.

Esta perspectiva no debió agradar sobremasera al joven Mauricio que dejó escapar un ademán violento donde se traslucía á la vez el desden y la cólera.

—Me pondré á hacer casca-nueces, no es verdad? preguntó encogiéndose de hombros.

—Y porqué no, primo mío? Vuestro padre lo hizo, y era tan bueno como vos á lo que creo.

Mauricio se levantó, dió dos vueltas por su cuarto, y se quedó parado bruscamente delante de Magdalena.

—Vamos Mauricio, valor, esclamó resueltamente aquella blanca y hermosa criatura.

—Pues bien, prima mía, podéis estar satisfecha, dijo con un tono poco afectuoso: haré por vos lo que ciertamente no habría hecho por mí, viviré!

—Gracias, primo mío, dijo Magdalena enternecida. Ah! sois bueno, y sabia que no me rechazaríais, añadió tomándole una mano que estrechó sobre su seno conmovido; rogare á Dios de día y noche, que derrame sobre vuestra cabeza el santo rocío de sus bendiciones.

—Bien, bien, Magdalena, respondió Mauricio retirando su mano y metiéndosela en su bolsillo con un ademán poco gracioso. Viviré, mas con la condición de que en cuanto hayamos asegurado vuestro destino, quedare otra vez libre y dueño absoluto de mis acciones.

—Es muy justo, respondió la joven. Ya tengo algunos proyectos de organización, y hablaremos de ellos como buenos amigos, aunque estoy segura de que los aprobaréis de antemano. Con la ayuda del cielo y con la vuestra no pido mas de dos años para ocupar un puesto conveniente en la vida.

—Dos años! Pedis dos años! exclamó el joven con un movimiento de estupor que no trató de disimular en lo mas mínimo.

—Es acaso exigir demasiado? Podéis estar seguro amigo mío, que nada descuidaré para abreviar ese tiempo de prueba, dijo Magdalena sonriendo tristemente.

Mauricio terminó la conversación con un ademán de resignación heroica.

Al llegar aquí, Ursula sin poder ya contenerse se precipitó en el aposento, y se arrojó al cuello de su joven amo, que hizo cuanto pudo para sustraerse á las estrepitosas efusiones de aquella intempestiva ternura.

De pié, arriado á una ventana, pálido, inmóvil y los puños cerrados, Mauricio miraba alternativamente á aquellas dos mujeres, se decía sin perifrasis que á las dos las había tenido en las manos, y á pesar suyo, trémulo de aborrecimiento y de rabia, sentía encenderse en su corazón, los apatitos de una fiera dispuesta á lanzarse sobre la presa.

Sin embargo ya se iba haciendo tarde; se dejó para el día siguiente el cuidado de disponer el porvenir, y Mauricio salió á acompañar á Magdalena hasta la puerta de la pobre fonda en que se habían apeado las dos viajeras. Mientras duró el camino tuvo que sufrir las preguntas y las admiraciones de Ursula que, tomando el alumbraado de las calles por una señal no equívoca de recojido público y habiendo vivido siempre en la intimidad de los santos del calendario, preguntaba ingenuamente en honor de qué santo habían iluminado la ciudad. Estas niñerías que en otras circunstancias hubieran divertido muchísimo á Mauricio, acabaron entonces de exasperarlo. Al volver á su casa se fue por los muelles desiertos lanzando de cuando en cuando una mirada en las aguas negras y profundas del río que parecían llamarle. Cuando entró en su aposento se fué derecho á la caja de las pistolas, la abrió y pasó algunos instantes contemplándolas con ojos ardientes y sombríos.

—Dormid, dijo por fin bajando lentamente la tapa; dormid, amigas fieles, hasta el día dichoso en que venga á despertaros.

VIII.

Aldía siguiente, después de algunas boras de sueño caleturiento, Mauricio se levantó, furioso contra Magdalena, exasperado contra sí mismo. Qué le importaba, en suma, el destino de su prima? Qué debía él a aquella criatura? Con qué derecho, con cuáles títulos se le imponía? Era culpa suya si había perdido el pleito? Como! porque una tía a quien nunca conoció envió al morir a Francia, a una joven que no le inspiró jamás ningún cuidado, porque una estrangera llamó una tarde de otoño a la puerta del palacio de Valtravers, él se había de ver obligado a vivir, y a resignarse al papel de tutor, en el momento en que iba a refugiarse en los brazos de la muerte! Desde cuando tenían los primos la misión de escuchar a sus primas a través de la vida? Qué mas podía hacerse por una hermana? Por otra parte, Magdalena no era ya una niña; en último resultado tenía veintidos ó veintitres años, época en que las huérfanas cesan de ser interesantes. Esta-abusaba ciertamente de la ventaja de hallarse sin familia, y por último, qué es lo que podía hacer en su favor? Sus recursos estaban agotados; no poseía nada, ni los muebles que había en su aposento que iban a ser vendidos para pagar los alquileres. Si había resuelto acabar con su vida era porque así le convenía; el hecho es que en el punto a que había llegado, cualquiera otra determinación le habría puesto en un grave apuro. Trabajar? El decirlo no cuesta nada; pero cuando se han echado raíces en la corrupción y en la ociosidad, no es tan fácil transplantarse y aclimatarse en las regiones del orden y del trabajo. En fin Mauricio se hacía la debida justicia y sabía apreciar con una rigurosa imparcialidad; conocía que iguales eran sus pretensiones a la continencia de Scipion que a la castidad de José, y bien que su prima no le parecía ni apetecible ni hermosa, aunque aquella suave figura no hubiese nunca dicho nada a sus sentidos degradados, como había sonado su corazón sentida toda la hiel que habían depositado en él los últimos ocho años, y se decía que al primer choque imprevisto todo aquel fango podía subir de nuevo a la superficie fermentando.

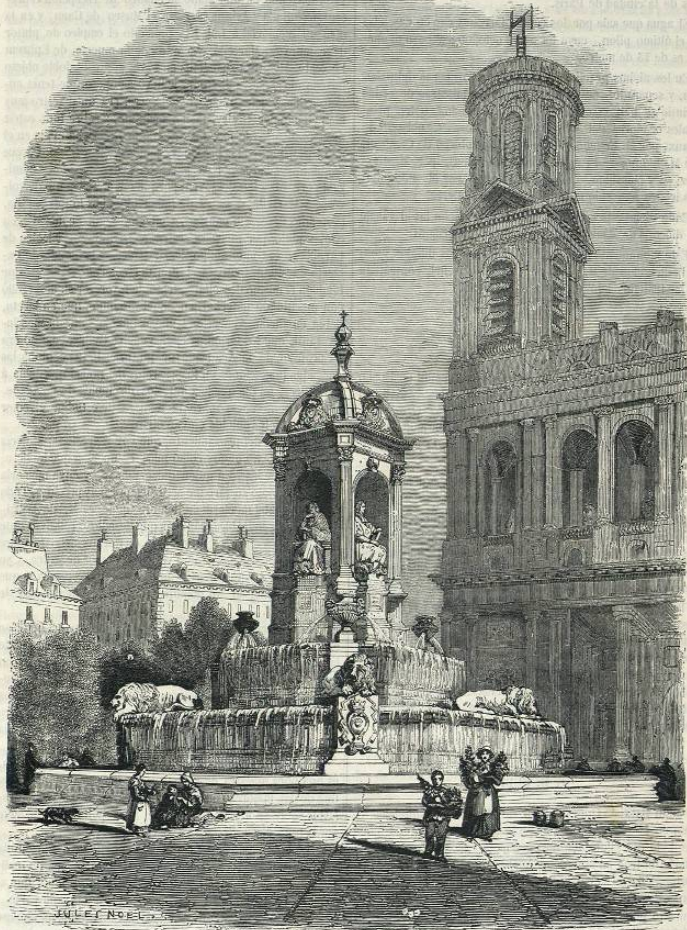
En esto estaba de sus reflexiones, irritado, confuso, próximo a romper los compromisos que tan aturdidamente había contraído la víspera, cuando vió entrar en su cuarto á su prima acompañada de Ursula. Magdalena llevaba simplemente un vestido de coti centiento, y un pañuelo blanco de crespón sin bordados que dibujaba los contornos de su talle y hombros, hermosos con la esbelta elegancia y la gracia de las formas de la adolescencia. Dos trenzas de cabellos bajaban por sus mejillas cuya pálida blancura se destacaba sobre el fondo de tafetan encarnado de su sombrero de paja; además llevaba en la mano una sombrilla de moiré azul con mango de madera blanca y liso, y en el brazo su cestito de labor. Mauricio acostumbrado desde hacia tiempo á las mugeres magníficamente puestas, extrañó sobre manera el aire de su prima. Cuando una vez se pierde el gusto de lo sencillo y de lo honrado, se pierde también al mismo tiempo el verdadero instinto de lo bello, tan ligados se hallan entre sí estos dos sentimientos. En cuanto á Ursula, adornada con sus mas esplendentes atavíos, llevaba el traje de las muchachas de su país: zapato corto con hebillas de plata, basquiña corta, y tocado extravagante, que ella había exagerado mas aun con el objeto de agradar á su hermano de leche. Con sus fuertes pantorrillas, sus abultadas caderas y su opulento pecho, no era difícil adivinar de qué pueblo venia; Mauricio cuando la vió estuvo para caerse al suelo.

En cuanto entró, Magdalena como si hubiese poseído el se-

creto de las dudas de su primo, le hizo sentar á su lado, y sin darle tiempo para volverse atras de lo que se había decidido la víspera, se puso á explicarle el modo como ella presumía que debía arreglarse su existencia. Lo primero que había que hacer era buscar en un barrio sosegado y en la misma casa dos cuartos pequeñitos, uno para Mauricio y otro para ella y Ursula, en los cuales se instalarian modestamente como lo exijia su humilde condicion. Magdalena había salvado de su naufragio algunos diamantes que le había regalado en otro tiempo la marquesa, y que por lo tanto había creído poder tomar sin ningún escrúpulo, y lo que de su venta se sacara debía bastar para los gastos de su instalación y para cubrir al mismo tiempo sus primeras necesidades. Con tal que estuviere dirigida por una mano firme, y protegida por un corazón fiel, Magdalena creía superar facilmente todos los obstáculos á fin de asegurarse una buena vida. Además hay que añadir aqui que contaba tambien con ciertos recursos: bordaba que era un encanto con seda y oro, y hacía obras de aguja con una delicadeza maravillosa; luego pintaba en tabla pájaros y flores, que barnizadas tenían el brillo de las flores y pájaros de los trópicos; podía tambien dar lecciones de canto y de piano, y por último, gracias á los cuidados de madama de Fresnes, tenía una mano maestra para la miniatura, y ya fuera por respeto á la memoria de la marquesa, ó ya porque tuviese en realidad una gran confianza en este recurso, sus esperanzas todas estaban de este lado. Así pues, no eran los talentos lo que la faltaba, y además poseía ese valor sereno que se burla de todos los obstáculos, esa energia espontánea cuyo esfuerzo no se siente jamás, y esa franca alegría que canta y rie junto á la voluntad que trabaja. De este modo había quedado casi decidido que Magdalena probaria sus fuerzas en la miniatura, y ella estaba contenta como una niña de vivir en Paris como otras veces había vivido la marquesa en Nuremberg. Este había sido su sueño en otros tiempos, y hasta podriamos afirmar que la pérdida de la fortuna de Mauricio no la había desagradoado completamente. En cuanto á Mauricio, este permanecería en libertad para obedecer únicamente á sus inspiraciones; Magdalena no le pedía otra cosa que el sostenerla y el dirigir sus primeros pasos en el mundo y en la carrera en que iba á aventurarse. Al cabo de dos años, así como estaba convenido, recobraría su independencia y quedaría otra vez dueño de su destino. Únicamente hasta entónces Magdalena tenía derecho de contar con él como con un hermano, y hasta debía decirse que lo era tanto para sustraerse á la malicia de los comentarios como para dar mas peso todavía á la autoridad que debía ejercer: piadosa mentira que el cielo vería sin cólera ninguna. Todo esto lo dijo Magdalena con tanta gracia y cordura, que Mauricio no pudo hacer ninguna objecion á todo ello, y por el contrario muchas veces no pudo ménos de sonreirse. Sin embargo cuando la joven acabó de hablar, Mauricio mencó la cabeza con el aire de un hombre poco convencido, pero Magdalena levantándose al punto y tomándole el brazo sin vacilar le dijo:

—Primo mio, hoy principia nuestra fraternidad; además debéis acordaros que vuestro padre me llamaba hija. El día está magnifico con que le aprovecharemos para buscar un cuarto que nos convenga. Podeis elegir el barrio, y considero que debéis tener muchas ganas de abandonar este aposento cuyo lujo es un insulto para vuestra pobreza: salid de él lo mas pronto posible, añadió con acento alegre, y sobre todo apresuráos á dejar ese aire sombrío y fastidioso que tan mal sienta á vuestra edad. (Se continuará.)

FUENTE DE LA PLAZA DE SAN SULPICIO EN PARIS.



Esta fuente ejecutada á espensas de la ciudad de Paris, se levanta en el eje mismo de la iglesia de San Sulpicio, en medio de la hermosa y anchurosa plaza á donde da su pórtico.

La fuente es de piedra y presenta la forma de un pabellon

con cuatro ángulos coronado con una copa que termina en un florón con una cruz de hierro encima.

La base de este pabellon está sentada sobre tres pilones sobrepuestos; los dos cuerpos superiores se hallan unidos entre sí por medio de cuatro pedestales con dos gradas. En

la mas elevada hay un jarron con dos mascarones con asas por donde sale un chorro de agua; en la grada inferior hay un leon echado que aparenta sostener con sus garras las armas de la ciudad de Paris.

El agua que sale por los cuatro jarrones cae en cascadas en el último pilon, cuya forma es octogona y cuyo diametro es de 25 de metros.

En los nichos practicados en las cuatro caras del pabellon, y separados entre si por medio de pilastras de órden corintio se han colocado las estatuas de los cuatro principales oradores del pulpito frances; Bossuet, obispo, de Meaux, por M. Feuchère; Fenelon, arzobispo de Cambrai, por M. Lanno; Flechier, obispo de Nimes, por M. Desprez; — y Massillon, obispo de Clermont, por M. Fouquet. Los iones han sido ejecutados por M. F. Derre.

Cada nicho está coronado con un escudo con las armas de las diócesis de Meaux, Cambrai, Nimes y Clermont.

Este monumento ha sido construido por los dibujos y bajo la direccion de M. Visconti, por M. Vivienel, contratista de los trabajos del Ayuntamiento de Paris.

DATOS ESTADÍSTICOS.

Segun una nota oficial publicada últimamente en Rusia, existen en la Rusia europea, propiamente dicha, 52.546,334 habitantes. En los gobiernos de la Siberia Occidental, 2.153,558. En el reino de Polonia unos 4.800,000. En el gran ducado de Finlandia 1.600,000. En la Franciscanista 2.500,000. Suma total 63.600,000 almas.

La poblacion total, comprendiendo las de las demas posesiones, puede evaluarse en 65.000,000.

Cuarenta y nueve millones profesan la religion rusa ortodoxa; 7,300,000 la católica; 3,500,000 la reformada; 2,400,000 la mahometana; 1,200,000 la judía; hay un millon de armenios, georgianos y católicos y 600,000 paganos.

Respecto á las razas hay 38 millones de rusos, y 11,200,000 rusnacos; 3,600,000 de la Rusia blanca; 7 millones de lituanos, polacos, finlandeses y letones; 3,300,000 tártaros, comprendiendo en ellos á los mahometanos; 2,400,000 alemanes; 200,000 grusínianos y 2,000,000 de armenios; 4,500,000 israelitas; 600,000 pertenecen á la raza del Vras y habitan la Siberia Oriental, la América rusa y las llanuras de Kirges.

J. B. OUDRY.

Juan Bautista Oudry, pintor de cacerías y de animales, es uno de los mejores artistas del siglo XVIII. Ninguno habia recibido una educacion mas completa y fecunda que la suya. Mariette trae en sus notas manuscritas al Abecedario de Orlandi, la fecha del nacimiento y de la muerte de Oudry, y estas dos fechas son desgraciadamente todo lo que sobre nuestro pintor nos suministra ese inagotable repertorio de buenos folios y de documentos inéditos. Juan Bautista Oudry nació pues en Paris el 17 de marzo de 1686. Su padre que era pintor, miembro de la antigua cofradia de San Lucas, y ademas comerciante de cuadros, le inspiró la afición y le dió las primeras nociones del arte, pasando luego al estudio de Miguel Serre. — Este Miguel Serre, de origen ca-

talan, establecido en Marsella, que llenó de obras suyas; acababa de estender su fama hasta Paris donde quiso admitirle en su seno la Academia real. Serre vino á Paris en 1704 trayendo en una mano su cuadro de recepcion representando Baco y Ariana (hoy en el Museo de Gaen) y en la otra un memorial á Luis XIV pidiendo el empleo de pintor de cámara en Marsella, vacante por la muerte de Ephrem Lecomte. Mientras se hallaba en Paris con este doble objeto fué cuando el padre de Oudry le llevó á su hijo que tenia entonces diez y ocho años. Miguel Serre, era un maestro muy bien elegido por Oudry, fácil y brillante, y sobre todo capaz de comunicarle ese fuego sagrado que tanto abundaba en el marsellés, y que el pobre Oudry jamás habia sentido. Parece tambien que Serre por su parte habia reconocido la admirable organizacion del jóven, porque en el momento de volverse á Marsella, despues de haber obtenido lo que queria, pretendió llevárselo consigo. Oudry no quiso consentir en ello, y pidió por nuevo maestro á Largilliere. Nicolas de Largilliere era muy amigo de su padre, y habiendo descubierto en Juan Bautista el don del colorido, lo que tambien el mismo descollaba, trató de favorecer su desarrollo con un cuidado paternal, en aquel discípulo, que en efecto, debia en adelante hacerle el mayor honor. — Nada mas interesante que los términos en los cuales Oudry, cuando era ya profesor de la Academia de pintura (1749) contaba las delicadas iniciaciones en los secretos del pincel que debia á Largilliere, un día que leia ánte los discípulos de la Academia una conferencia sobre la manera de estudiar el color con parando los objetos unos á otros.

«El fondo del pensamiento, que voy á presentaros decia al principiar, no le doy como mio; es un bien que he heredado de un maestro á quien quise mucho, y cuya memoria hasta mi último suspiro me será siempre muy preciosa. Todo el mundo sabe la clase de hombre que era M. de Largilliere, y las admirables máximas que descubrió relativamente á los grandes efectos y á la magia de nuestro arte. Siempre quiso comunicármelas con un verdadero amor de padre, y yo voy á mi vez á comunicarlas aquí, con el placer mayor que pueda experimentar un hombre honrado que ama su arte de todo corazón.

«M. de Largilliere me dijo repetidas veces que habiéndose educado en la escuela flamenga, á ella debía particularmente las bellas máximas que tan bien sabia poner en uso, y con mucha frecuencia me manifestó la mucha pena que le causaba el poco caso que haciamos nosotros de los socorros abundantes que se nos ofrecen: acaso se hallaba un poco prevenido en favor de aquella madre á quien nunca habia dejado de amar con la mayor ternura.»

Toda esta conferencia en que Oudry cuenta su educacion, es una obra maestra de ciencia y de buen estilo, así como una de las mejores páginas que un pintor haya podido escribir sobre su arte. La Academia le respondió dignamente por la boca de su director Coppel:

«Nos habéis enternecido con ese sentimiento de profunda gratitud tan digna como rara, sentimiento que os ha inclinado á dar á nuestro ilustre maestro todo el honor que al menos en este momento os correspondia en alguna parte... Mucho sentiria que alguno de nuestros discípulos os hubiese escuchado sin sentir el deseo de poner en práctica lo que acabais de decir sobre nuestro arte, y aun le despreciaría si habiéndose oído hablar del célebre M. de Largilliere no conociese hasta qué punto nos honramos á nosotros mismos haciendo público lo que debemos á aquellos que nos han formado.»

Para no tener que volver á hablar de los preceptos escritos que ha dejado Oudry sobre su arte, mencionaremos tambien una segunda conferencia inédita suya que posee M. Vitlot, conservador de las pinturas de los Museos Nacionales y tan notable como la que se publicó en la *Enciclopedia metódica*.

Despues de haberle mandado copiar en el Luxemburgo la galeria de Rubens, que fué una especie de modelo de Pisa para la escuela francesa del siglo XVIII, Largilliere hizo seguir á Oudry un método que el mismo habia experimentado con buenos frutos: le aconsejó que pintase en todos los géneros, historia, paisaje, animales, flores y retratos. Léveque cita sobre este punto el siguiente dicho de Watteau: «Para tocar bien el tambor hay que saber tambien la flauta.» Dargenville cuenta que en los tiempos en que nuestro jóven artista se habia dedicado á los retratos, el czar Pedro I á quien habia pintado de cuerpo entero, se quedó tan satisfecho del artista que quiso llevárselo á Moscú, y cuando el principe estaba á punto de salir, Oudry tuvo que ocultarse para sustraerse á sus vivas instancias. Por último, al cabo de cinco años de estudios en casa de Largilliere y poseído de estas proféticas palabras de su maestro, «no serás mas que un pintor de perlas.» Oudry encontró al cabo su camino. Sin embargo de esto, siempre conservó cuidadosamente el talento de pintar de todo, lo que hizo que sus cacerías reales tuviesen el aspecto y valor de grandes cuadros de historia. Cuando despues de haber pasado por la Academia de San Lucas, en donde habia sido nombrado profesor, se presentó en la Academia real, quiso ser recibido en ella como pintor de historia, haciendo valer como título una *Adoracion de los Magos* que habia pintado para el capitulo de San Martin de los Campos. Loisel ha grabado, copiando á Oudry, un *Nacimiento de la Virgen* que en cuanto á composición figuras y ropajes, recuerda inmediatamente el gusto de Jouvenet, ó mas bien el de Largilliere, tal como nos lo han dado á conocer en las escenas sagradas los dos diseños grabados por Roettiers.

Los ciento seis *rebuts* ó logogrifos que grabó Oudry en 1746 en tiempo de la Regenda, y que dedicó á Su Alteza Real la señora duquesa de Berry, dan una idea mas exacta de su buen humor que de su finura de buril. (El autor vivia entonces en el puerto de Nuestra Señora, en el Sol de Oro). — Es sin duda preferible su linda coleccion al gusto de Guillot y de Watteau, grabada por el conde de Caylus; pero sean cuales quieran el encanto y la gracia de estas chispas, Guillot y Watteau son mucho mas finos y graciosos. Otra serie suya prueba tambien que Oudry no era verdaderamente superior sino en el género á que debe su gloria, y son las estampas que dibujó y grabó sobre el *Roman comique* de Scarron. La mayor parte de estas composiciones son muy frias: cuánta mas gracia, ligereza y talento hubiera mostrado en esto el pintor Hogarth! Pater tambien lo hubiera hecho con mas elegancia. El Don Quijote de Carlos Goyel tiene poco mas ó ménos el mismo grado de calor y finura, y en suma puede decirse que ambos no tienen mas valor que el gusto del colorido que habian aprendido en la misma escuela.

Para dar una idea completa de la universalidad del talento de Oudry, señalaremos aun sus escenas burlescas en el gusto de Watteau, sus jarrones de flores, sus pinturas de puertas grabadas por Hugnier, su linda estampa de los pescadores cogiendo sus peces á orillas de la mar y dedicada á M. de Beringhen, y por último, como tipo de sus paisajes un poco frios, figuran en primer lugar el interior de una alque-

ria que posee el Louvre y luego la entrada de la ciudad de Bauvais, en donde el autor debía morir.

Hecha esta enumeracion general vamos á estudiar á Oudry como pintor de las flores y de las cacerías de Luis XV. Antes de la revolucion todas las residencias reales, como Versailles, Choisy, Marly, Compiègne y Chantilly estaban llenas de obras de este pintor. Mientras los elogios del conde de Tessin decidieron al rey de Dinamarca á llamar á Oudry á su corte, mientras que el principe de Mecklenburgo hacia construir de intento una galeria para sus obras, Luis XV le daba una habitacion en su palacio de Tullerías en el patio de los Principes, le concedia una buena pension, y le mandaba que fuese en su comitiva cuando se tratase de correr el ciervo, á fin de que pudiese estudiar para pintarlas luego todas las aventuras de la caza; tenia caballos mantenidos y cuidados de intento para el. — El pintor Vander Meulen seguia tambien á Luis XIV en sus campañas de Flandes.

La revolucion hizo salir de los palacios reales las obras de Oudry, y las diseminó por todas partes. A nuestro juicio no es en el Louvre donde puede admirarse mejor el talento de este artista; donde pueden verse sus obras maestras es en Fontainebleau; allí se hallan reunidas sus obras capitales, en los dos salones de cacerías, y sobre todo en las cuatro composiciones que tienen por títulos: la Remion para la caza; la Cacería en el estanque de San Juan; la Cacería de Luis XV en el bosque de Compiègne, y el Principe cazando en las rocas de Franchard, donde está retratado el mismo artista. En esos vastos paisajes de otoño llenos de jaurías y de cortesanías á caballo, es donde Oudry prueba verdaderamente que es digno de figurar en primera linea entre los maestros franceses.

Nunca se cansa el ojo de admirar esas solemnes calles de bosques reales, esas animadas jaurías de hermosos perros blancos, cuyas razas han desaparecido ya para nosotros, esa agitacion de los cazadores, con cascadas azules y rojas, y esas hermosas lontananzas. Con las cacerías reales de Oudry ha sucedido una aventura bastante singular y poco conocida. El Louvre posee en sus depósitos las copias en porcelana de nueve de sus cuadros de caza, copias ejecutadas en Sévres hácia 1778, por los mas hábiles artistas de la Manufactura real. Luis XVI acababa de suceder á su abuelo; por una iasona bien inocente seguramente, puesto que el nuevo rey iba á pasar tambien por todos los senderos de caza de su predecesor, los artistas de Sévres reemplazaron la cabeza real pintada por Oudry por el retrato de Luis XVI, sin modificar ninguno de los accesorios ni los trages: Luis XVI adornó su comedor con estas copias en porcelana.

La fecundidad de Oudry fué extraordinaria; los aficionados de todos los países se disputaban sus innumerables pinturas de animales: Sylvestre, Lebas, Daully y Basan grabaron algunas. Como los mejores de estos grabados, citaremos su hermoso Perro de agua, y la admirable estampa de Aveline, copia del cuadro del gabinete del conde de Tessin, representando un podenco y encima de su cabeza un faisán y una liebre colgadas en la pared contra la cual se vé apoyada una escopeta; nada iguala la finura, la ligereza y fuerza de esta última obra.

Dargenville asegura que Oudry pasaba sus dias pintando sin cesar, ó yendo á dibujar en el campo animales y paisajes. Las noches las empleaba en hacer estudios que han quedado en poder de sus aficionados. Lévesque cuenta que cuando Oudry estudiaba un paisaje se acompañaba bajo una tienda: por esto puede decirse que sus estudios de árboles y escenas matinales, bosquejadas en papel ceniciento, son acaso lo

mejor que nos ha dejado como arte. Oudry era un hombre muy concienzudo y fiel; ninguno ha observado mas profundamente los efectos y las graduaciones de la luz. En sus grandes cuadros de caza, no solo los personajes eran exactos retratos, sino los caballos de las caballerizas reales, y sobre todo los perros, que el rey reconocia muy bien y se complacia en irlos nombrando uno por uno. Todos los perros favoritos de Luis XV tienen sus retratos en el Louvre, con sus nombres respectivos escritos con caracteres dorados, lo que forma una galeria histórica que acaso no tiene rival en nin-



J. B. OUDRY.—Dibujo de Boccart.

originales que compuso sobre las fábulas de la Fontaine. *El libro de animales* por J. B. Oudry, pintor de cámara, y grabado por Huquier, cuyos asuntos están tomados de la Fontaine, da una prueba de lo que hubiera podido ser la grande edición de la Fontaine, si Cochin, diestro dibujante de figuras humanas, no hubiese tenido por conveniente corregir los animales de Oudry.

Luis XV que comprendió perfectamente todo el partido que se podía sacar del talento de Oudry, le nombró director de la manufactura de los Gobelinos, y después de la de Beauvais: ambos establecimientos han traducido sus cuadros en sus tapicerías con mucho arte y verdad. Los diferentes retratos que tenemos de Oudry nos los representan como muy repleto; pero no debemos citar aquí mas que el que se pintó

en un palacio del mundo, y que después de haber divertido hasta lo sumo al rey cazador que los mandó pintar, consagrará durante muchos siglos la memoria de los pintores franceses llamados Desportes y Oudry. Además este pintor descoló tambien como grabador de sus propios dibujos: es imposible imaginarse la alegría, la transparencia, la vida y el color que hay en sus aguas fuertes; sus paisajes tienen mas frescura y luz, y sus animales mas firmeza y hermosura que en los mismos cuadros. Al ver estas preciosas páginas se lamenta doblemente el haber perdido los innumerables dibujo

UDRY. (Véase la página 214.)



El perro y la garza real, cuadro de J. B. OUDRY.—Dibujo de FAEMAN.

MAGDALENA

por

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206 y 216.)

—Por supuesto, por supuesto, mi joven amo, dijo á su vez la buena Ursula, quiero veros contento y divertido. No tenéis mas que veintinueve años que cumpliréis por San Nicasio, la mejor de todas las edades. Ya veréis que bien vivimos los tres, y cuánto os cuidaré a los dos. Todo no está perdido puesto que os queda la salud, la juventud, y vuestra hermana de leche para haceros aquellas tortas de centeno que tanto os gustaban en Valtravers.

Magdalena arrastraba á Mauricio que iba tan presuroso como un condenado que camina al suplicio: cuando llegaron al umbral de la puerta, se volvió y vió á Ursula que se disponía á seguirle.

—Cómo! vas á venir tú tambien! le preguntó bruscamente mirandola de los pies á la cabeza.

—Pues ya lo creo! exclamó la pobre muger con estrañeza; y para qué me habías de haber puesto el vestido nuevo?

—Pero desgraciada, la dijo Mauricio con un furor contenido apenas, no sabes, no quieres comprender que la gente se va á parar en las calles á mirarte como á un animal curioso?

T. II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

—Y que le hace, mi joven amo? respondió Ursula dándose tono. Por mi parte no me disgustaría el mostrar á vuestros parisienses lo que valen las muchachas de Valtravers. Al verme todos dirán: esa es la hermana de leche del señor Mauricio y salvo vuestro respeto, creo que os hará honor la observación, añadió haciéndole una cumplida reverencia.

Resignado á vaciar el cáliz hasta las becas, Mauricio no replicó esta vez sino por medio de un ademan de desesperación sombría. Algunos instante después los tres marchaban juntos por los boulevards: Magdalena iba del brazo de su primo, y Ursula les seguía con el cuerpo hacia adelante, el rostro risueño y un puño en la cadera, penetrando entre las olas de la muchedumbre como un buque á velas desplegadas. Precisamente hacia uno de esos hermosos días en que París abre sus hermosas jaulas, y echa á volar sus mas lindos pájaros. Con sentimiento de Ursula que obtenía ya un éxito inmenso y cuyos pasos todos eran por decirlo así, otros tantos triunfos, Mauricio se apresuró á salir de esos lugares que le habian visto tantas veces ostentando el desenfrenado lujo de sus queridas y caballos. Lo cierto es que la cosa pasaba los limites de lo regular. Sin hablar de su traje, que aminoraba á los transeuntes, Ursula creyendo que su joven amo era tan conocido en París como en Newy-Jes-Bois, le dirijia de tiempo en tiempo y en alta voz alguna desatinada pregunta para que viese todo el mundo claramente que formaba parte de la compañía. Otras veces cuando lamuchedumbre se volvía bien compacta, se agarraba á los faldones

de su frac con el temor de perderle y estraviarse. De distancia en distancia Mauricio se volvía y la lanzaba una mirada terrible á la cual la buena Ursula respondía ingenuamente con una risotada ó con algun cumplimiento á su manera: el desgraciado iba en bridas por todo el camino. Ya habia pensado en un principio en llevar su vergüenza en un caruaje, pero su prima le hizo observar que estas grandes cosas no convenian ya á su humilde condicion; además hacia un hermoso sol, las calles estaban secas, y por último nadie toma coche para ir á buscar cuarto. Magdalena como una pajarita de nieve al borde de un estanque, iba andando con pie ligero, sin manifestarse turbada ni sorprendida con el ruido y el movimiento que tenia al lado, y sin querer notar el mal humor bien poco disimulado de su compañero, pensando únicamente en la existencia que iban á organizar para vivir juntos, y dejando traslucir la alegría de una joven esposa que anda corriendo para poner su casa.

De este modo llegaron á la orilla izquierda del Sena. Cuando pasaban por el Louvre, en el momento en que salian á los muelles sucedió lo que Mauricio habia temido mas: habiéndose echado á un lado para dejar pasar una magnífica carreta descubierta, fué reconocido por una alegre pandilla de jóvenes la flor de la sociedad en que Mauricio habia vivido que iba á pasear al bosque de Bolonia. Por un movimiento de respeto, demasiado profundo para ser sincero, cuando ó cinco locas cabezas se inclinaron gravemente cuando le vieron, mas despues que hubo pasado el rápido carruaje dejando un perfume penetrante de cigarro habano, el pobre joven inmóvil en su puesto oyó una prolongada carcajada. En aquel instante espermentó una fuerte comezon de arrojarse á Ursula y á Magdalena al Sena.

Aunque al salir de su casa se hallaba bien resuelto á cumplir su palabra de la víspera, aquel paseo de presidario arrastrando sus grillos habia bastado para demostrarle hasta la evidencia que lo que habia prometido era muy superior á sus fuerzas. Vivir dos años con semejante vida era un suicidio de dos años. Sin embargo, Mauricio reconocia al mismo tiempo que á menos de ser el último de todos los hombres, no podia dispensarse de cuidar de aquellos dos pobres criaturas perdidas en París sin otro apoyo que el suyo, y sin mas sosten. Acaso no hubiera retrocedido ante un crimen, pero una cobardía le horrorizaba.

Aunque pálido y trémulo de cólera, Mauricio continuó andando hacia el punto que le habia designado Magdalena. Puesto que esta queria retirarse á un rincón sosegado de París, Mauricio pensó que el barrio del Luxemburgo podria llenar los deseos de su prima, y por otra parte esto tambien le convenia pues dado caso que se resignase á pasar con ella algunos meses, en ese barrio, asilo de la ciencia y del estudio, estaba seguro de no encontrarse con una persona conocida. Despues de haber buscado vanamente en las calles adyacentes un aposento (conveniente á la vez á los poéticos instintos y á la modesta ambición de la joven alemana, entraron á comer sóbriamente en una mala fonda junto al Observatorio, lo que no contribuyó por cierto á distraer en nada á Mauricio cansado de las repetidas ascensiones que habia hecho á una multitud de quintos pisos. Además hay que decir aquí que aun cuando se hallaba en presencia del suicidio, habia conservado ciertos hábitos como la elegancia del servicio, y aunque desengañado de todas las cosas de este mundo, no admitia que un hombre bien nacido, aunque estuviese en vísperas de pe,arse un tiro, pudiese servirse del mismo tenedor para comer dos cosas diferentes. Así fué que apenas tomó dos bocados: Ursula devoró cuanto le presentaron, y

Magdalena declaró que en su vida habia hecho una comida mas hermosa. Al salir de la fonda, como buscaban todavía á derecha é izquierda una casa á su gusto, se metieron todos en una calle cuyo aspecto solitario llamó desde luego la atención de Magdalena. Gracias al aumento de la poblacion y á los progresos de la industria, antes de quiniientos años no quedará en el mundo entero un asilo poético; así, esta calle no es en el día mas que una doble hilera de casas mas ó menos nuevas, feas y mal construidas, pero entonces parecia una aldea, ó por lo mi nos el verdoso arrabal de un pueblito oculto entre los árboles. Al principio de la primavera se respiraba en ella el perfume de las lilas ó de los floridos tilos. Por encima de los muros que servian de cercados, las acacias y los árboles de la Judea sacudian sus aromáticas ramas, y en el fondo de los parques donde cantaba el ruiseñor en las noches de estío, se descubrian á través de las verjas bellos y silenciosos palacios y hermosos grupos de niños corriendo por la yerba. Esta calle, era en una palabra, la calle de Babilonia, así llamada, ya á causa de sus jardines, ya porque hubiera sido habitada antiguamente por el obispo de la antigua ciudad de Semiramis. Ursula creyó que estaba en Valtravers y preguntó que por donde corría el Vienne; Magdalena exclamó que seria para ella mucha felicidad el habitar en aquella aldea perdida en el seno de París, y como á Mauricio todo le era indiferente, la joven legó al punto sus deseos. Bien luego encontraron en una de las pocas casas que cortaban por algunos lados el paisaje, dos cuartos vecinos y separados; uno para Mauricio compuesto de dos piezas, y otro de tres para Magdalena y Ursula, ambos un poco altos tocando á los techos, pero con vistas á hermosos jardines. Magdalena creía, y con razon, que mas vale tener ante la ventana un poco de verdura que las magníficas columnas del palacio del Louvre.

De este modo se terminó aquel paseo, muy malo para dar á Mauricio una prueba de las delicias que le estaban reservadas. El otro día y los que siguieron fueron aun mas rudos y laboriosos, porque no consiste todo en hallar el sitio para el nido, falta luego encontrar los materiales para fabricarle. Con Ursula siempre detras, Mauricio se vio obligado á acompañar á Magdalena á las tiendas para regatear todas las cosas, Mauricio, que no lo habia hecho en su vida y que tenia á mucho honor el pagar siempre mas caro que los otros. A pesar de que Magdalena poseía el sentimiento de la realidad en sumo grado, sin embargo, como estaba á la vez dotada de tanta gracia como razon, compraba las cosas con bastante abandono, mostrando esa alegría infantil que se cuida muy poco de los números y no se detiene en calculos largo tiempo; pero Ursula que se figuraba que los tenderos querian abusar de ella porque era forastera, la implacable Ursula presentaba á cada paso interminables dificultades, y defendía los intereses de sus amos con una acritud digna de un juicio: un poco larga de lengua, como las criadas de Molire, disputaba con los manebos de las tiendas y les trataba de picaros y rufianes hasta el punto que mas de una vez intentaron echarla á la calle. Mauricio creyó perder el juicio; la enviaba á todos los diablos, pero solo amenazándola con mandarla á su tierra lograba atraerla á sentimientos mas moderados.

Por último al cabo de una semana, pudieron nuestros tres compañeros tomar posesion de sus dominios. Una hermosa mañana, un fiacre con dos caballos éticos se detuvo ruidosamente á la puerta del suntuoso palacio que Mauricio habitaba aun: Ursula y Magdalena se aparearon.

— Vamos, Mauricio, vamos hermano mio, exclamó la joven entrando en el aposento de su primo, mas viva y lijera

que un pajarito que juega sobre la yerba; ya está todo listo y dispuesto, no os queda mas que despediros de estos muebles, de estas alfombras y de estos techos dorados. Nada que equipalga á ello encontraréis en la casa á donde vamos, pero la pobreza tiene tambien su lujo, y la felicidad no necesita para nada estas suntuosidades.

— Pobre cordero mio! dijo con una espresion inefable de tristeza la buena Ursula que no cabia en si de alegría pensando que iba á vivir con su joven amo. Cuánto le vamos á querer, y qué bien le cuidaremos; estoy segura que sé va á creer aun en Valtravers. Y qué placer será para nosotras el domingo y los días de fiesta, despues de haber trabajado bien toda la semana, el ir á pasearnos los tres juntos á los jardines públicos! Ah! Señor Mauricio, estoy tan contenta que me ahogo, y por Dios que voy á garos un buen abrazo.

Y dicho esto la buena criatura se arrojó como una pantera sobre su hermano de leche, y á pesar de los grandes esfuerzos que hizo para desprenderse de aquellos apretones, Ursula le aplicó en las mejillas un par de besos fuertes y sonoros.

(Se continuará.)

EL VAMPIRO.

Hé aquí un nombre que tiene gran popularidad en Europa y principalmente en Alemania, y que causa un extraordinario terror á los crédulos campesinos, y con razon, pues no conocemos historia alguna de brujas, espectros y aparecidos que pueda compararse á lo que se refiere con relacion al vampiro.

Se lee en un libro alemán: Habrá unos doscientos años vivia en cierta aldea de Bohemia una muchacha muy hermosa, hija de un honrado labrador; llamabáse Maria y además de ser hermosa poseia otras mil prendas, pues era dócil, bondadosa, caritativa y muy amante de sus padres y familia, á la que era muy útil desde su infancia, porque desempeñaba todos los quehaceres domésticos con el esmero de una niña verdaderamente hacendosa. Por todas estas razones era sumamente querida no solo de su familia, sino de toda la aldea y de cuantos tenían la ventura de conocerla. Contaba esta muchacha solo diez y ocho años cuando llegó á su aldea un forastero joven de muy gallarda presencia, quien al parecer habia vivido en alguna ciudad, puesto que nuestro joven vestia con cierta elegancia, era afable en sus maneras y se diferenciaba en un todo de los aldeanos. Maria con toda su cordura y circunspeccion, no dejó de notar, desde cuyo instante pareció obrar en su destino un influjo hartamente funesto.

El extranjero estableció su morada cerca de la de Maria, y por eso la encontraba muy á menudo y fijaba en ella sus miradas; pero eran estas tan particulares y estrañas que la joven quedaba fascinada, en términos que advertian en ella deseos de llorar. Al cabo de algunos días, el joven Hantz, que así se llama, se aventuró á hablar á Maria y desde entonces Maria no pudo permanecer tranquila ni reconciliarse con el sueño. Si dormia alguna vez, se le aparecía el joven, ora como un ser benéfico y amante, ora como un ente infernal, y despertaba pálida y azorada; luego iba poco á poco destruyendo el carmin de sus mejillas una lenta calentura.

Pasó Maria mucho tiempo luchando con su propio destino: invocó á los santos, pasó días enteros orando, ayunó por espacio de muchas semanas: pero todo era en vano, y la infeliz creyó que el cielo la habia abandonado y estuvo á punto de entregarse al cólico de la desesperacion.

Cierta día al anochecer, regresaba sola de una aldea inmediata y apresuraba el paso para que la oscuridad no la cogiese en el camino, puesto que la luna aun estaba oculta detras de la montaña. Porrente entre los abetos del bosque vió deslizarse en la sombra una misteriosa fantasma que la miraba con ojos de fuego; espantada fijó la vista en la fantástica aparición, y despues de examinarla pudo distinguir en medio de la oscuridad que aquel estraño ser tenia dos cuernos, una gran lengua encarnada y aceradas garras en sus pies. Corrió Maria con toda la velocidad posible: pero apenas habia corrido unos veinte pasos cuando oyó una voz dulce y suave que la llamó por su nombre.

— ¡Maria, Maria! decía la voz; y entonces la joven pudo conocer hasta donde puede llegar la influencia de la fatalidad, pues se detuvo de repente, y Hantz, que fué quien la llamó, la cogió la mano diciendo:

— ¿Tiembalas, Maria? ¿Tienes miedo de mi? ¿de mi que te amo y quisiera verte dichosa?

En este instante asomaba la luna por detras de la montaña, y con la claridad del astro luminoso vió perfectamente que no habia allí cuernos ni lengua encarnada, ni garra, sino un hermoso manebro que la estrechaba la mano y le decía: «te amo.» Maria respondió:

— Hantz, ya no tengo miedo, y creo...

Vació y dejó incompleta la frase, pero no dejó de penetrar su sentido el manebro y dijo:

— Maria, ¿tú me amas? Si, yo te juro por cielo ó por el infierno que seremos felices.

Tales palabras hicieron estremecer á la doncella: no obstante, á pesar de tan horrible blasfemia no retiró la mano y ambos volvieron juntos á la aldea. Acompañóla el joven á casa de sus padres y la pidió para esposa: á los dos ó tres días se la concedieron y se fijó la boda para que se efectuara veinte y cinco días despues, á petición del joven, el cual por algun estraño capricho que entonces no pudo esplicarse, quiso que la ceremonia se verificase en día de plenilunio.

Recobró Maria su salud y su frescura, aun cuando no la abandonaba cierta inquietud, porque todas las noches veía en sueños á un negro infernal, cuya circunstancia le infundia terror y sospechas, aunque procuraba apartarlas de su imaginacion.

De repente Hantz apareció triste, sombrío, y se puso pálido como la muerte al mismo tiempo que enflaqueció. Sin embargo, no quiso consultar á ningún medico, y cuando Maria le preguntaba llorosa, cual era el mal que padecia, no le daba otra respuesta que un profundo y doloroso suspiro que la despedazaba el corazón. La víspera del plenilunio murió, y Maria estuvo desesperada por espacio de tres días, al cabo de los cuales cuando empezaba á temerse por su vida, con general sorpresa se la vió casi consolada.

Trascurrieron unos cuatro meses desde la muerte del joven durante los cuales fué Maria para sus padres un objeto de amor y de lástima: volvió á sus antiguas ocupaciones, pero observaron que no asistía á la iglesia, y que no rezaba, y que tenia radicada en su corazón una profunda melancolia y que enflaqueció de tal manera que se creyó que estaba atacada de una tisis, aunque ningún sintoma presentaba de esta cruel enfermedad. Nunca la oían hablar de Hantz, por lo cual supusieron que su mal tenia un orijen distinto.

Su madre notó que esta desdichada joven estaba mas pálida por la mañana al levantarse que por la tarde y por la noche, y á impulsos de su maternal solicitud, practicó un agujerito en la puerta que daba al aposento de Maria para observar si se entregaba durante la noche á excesivas prác-